



La Santa Sede

SANTA MISA CON OCASIÓN DEL 150° ANIVERSARIO
DE LA PROCLAMACIÓN DEL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Miércoles 8 de diciembre de 2004

1. *"Alégrate, María, llena de gracia, el Señor está contigo" (Lc 1, 28).*

Con estas palabras del arcángel Gabriel, nos dirigimos a la Virgen María muchas veces al día. Las repetimos hoy con ferviente alegría, en la solemnidad de la Inmaculada Concepción, recordando el 8 de diciembre de 1854, cuando el beato Pío IX proclamó este *admirable dogma de la fe católica* precisamente en esta basílica vaticana.

Saludo cordialmente a cuantos han venido hoy aquí, en particular a los representantes de las Sociedades mariológicas nacionales, que han participado en el Congreso mariológico y mariano internacional, organizado por la Academia mariana pontificia.

Amadísimos hermanos y hermanas, os saludo también a todos vosotros aquí presentes, que habéis venido a rendir homenaje filial a la Virgen Inmaculada. De modo especial, saludo al señor cardenal Camillo Ruini, al que renuevo mi más cordial felicitación por su jubileo sacerdotal, expresándole toda mi gratitud por el servicio que, con generosa entrega, ha prestado y sigue prestando a la Iglesia como mi vicario general para la diócesis de Roma y como presidente de la Conferencia episcopal italiana.

2. ¡Cuán grande es el misterio de la Inmaculada Concepción, que nos presenta la liturgia de hoy!

Un misterio que no cesa de atraer la *contemplación de los creyentes* e inspira la *reflexión de los teólogos*. El tema del Congreso que acabo de recordar -"María de Nazaret acoge al Hijo de Dios en la historia"- ha favorecido una profundización de la doctrina de la concepción inmaculada de

María como presupuesto para la acogida en su seno virginal del Verbo de Dios encarnado, Salvador del género humano.

"Llena de gracia", "κεχαριτωμενη": con este apelativo, según el original griego del evangelio de san Lucas, el ángel se dirige a María. Este es *el nombre con el que Dios*, a través de su mensajero, quiso calificar a la Virgen. De este modo la pensó y vio desde siempre, *ab aeterno*.

3. En el himno de la carta a los Efesios, que se acaba de proclamar, el Apóstol alaba a Dios Padre porque "nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales" (Ef 1, 3).

¡Con qué especialísima bendición Dios se ha dirigido a María desde el inicio de los tiempos!
 ¡Verdaderamente bendita, María, entre todas las mujeres! (cf. Lc, 1, 42).

El Padre la eligió en Cristo antes de la creación del mundo, para que fuera santa e inmaculada ante él por el amor, predestinándola como primicia a la adopción filial por obra de Jesucristo (cf. Ef 1, 4-5).

4. La *predestinación de María*, como la de cada uno de nosotros, está relacionada con la *predestinación del Hijo*. Cristo es la "estirpe" que "pisaría la cabeza" de la antigua serpiente, según el libro del Génesis (cf. Gn 3, 15); es el Cordero "sin mancha" (cf. Ex 12, 5; 1 P 1, 19), inmolado para redimir a la humanidad del pecado.

En previsión de la muerte salvífica de él, María, su Madre, fue preservada del pecado original y de todo otro pecado. En la victoria del nuevo Adán está también la de la nueva Eva, madre de los redimidos. Así, la Inmaculada es signo de esperanza para todos los vivientes, que han vencido a Satanás *en virtud de la sangre del Cordero* (cf. Ap 12, 11).

5. Contemplamos hoy a la humilde joven de Nazaret, *santa e inmaculada ante Dios por el amor* (cf. Ef 1, 4), el "amor" que, en su fuente originaria, es *Dios mismo, uno y trino*.

¡La Inmaculada Concepción de la Madre del Redentor es obra sublime de la santísima Trinidad!
 Pío IX, en la bula *Ineffabilis Deus*, recuerda que el Omnipotente estableció "con el mismo decreto el origen de María y la encarnación de la divina Sabiduría" (*Pii IX Pontificis Maximi Acta, Pars prima*, p. 559).

El "sí" de la Virgen al anuncio del ángel se sitúa *en lo concreto de nuestra condición terrena*, como humilde obsequio a la voluntad divina de salvar a la humanidad, no *de la historia*, sino *en la historia*. En efecto, preservada inmune de toda mancha de pecado original, la "nueva Eva" se benefició de modo singular de la obra de Cristo como perfectísimo Mediador y Redentor. Ella, la primera redimida por su Hijo, partícipe en plenitud de su santidad, ya es lo que toda la Iglesia

desea y espera ser. *Es el icono escatológico de la Iglesia.*

6. Por eso la Inmaculada, que es "comienzo e imagen de la Iglesia, esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura" (*Prefacio*), *precede* siempre al pueblo de Dios *en la peregrinación de la fe* hacia el reino de los cielos (cf. *Lumen gentium*, 58; *Redemptoris Mater*, 2).

En la concepción inmaculada de María la Iglesia ve proyectarse, anticipada en su miembro más noble, la gracia salvadora de la Pascua.

En el acontecimiento de la Encarnación encuentra indisolublemente unidos al Hijo y a la Madre: "Al que es su Señor y su Cabeza y a la que, pronunciando el primer "fiat" de la nueva alianza, prefigura su condición de esposa y madre" (*Redemptoris Mater*, 1).

7. A ti, Virgen inmaculada, predestinada por Dios sobre toda otra criatura como abogada de gracia y modelo de santidad para su pueblo, te renuevo hoy, de modo especial, la *consagración de toda la Iglesia.*

Guía tú a sus hijos en la peregrinación de la fe, haciéndolos *cada vez más obedientes y fieles a la palabra de Dios.*

Acompaña tú a todos los cristianos por el camino de la conversión y de la santidad, *en la lucha contra el pecado y en la búsqueda de la verdadera belleza*, que es siempre huella y reflejo de la Belleza divina.

Obtén tú, una vez más, *paz y salvación para todas las gentes.* El Padre eterno, que te escogió para ser la Madre inmaculada del Redentor, renueve también en nuestro tiempo, por medio de ti, las maravillas de su amor misericordioso. Amén.